

En Jaén, donde resido,  
vive don Lope de Sosa  
y diréte, Inés, la cosa  
más brava de él que has oído.

Tenía este caballero  
un criado portugués...  
Pero cenemos, Inés  
si te parece primero.

La mesa tenemos puesta,  
lo que se ha de cenar junto,  
las tazas del vino a punto:  
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo  
y échole la bendición;  
yo tengo por devoción  
de santiguar lo que bebo.

Franco, fue, Inés, este toque,  
pero arrójame la bota;  
vale un florín cada gota  
de aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?  
Mas ya..., de la del Castillo  
diez y seis vale el cuartillo,  
no tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor, que es mina  
la taberna de Alcocer;  
grande consuelo es tener  
la taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,  
vive Dios que no lo sé,  
pero delicada fue  
la invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,  
pido vino de lo nuevo,  
mídenlo, dánmelo, bebo,  
págolo y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,  
no es menester alaballo;

sólo una falta le hallo:  
que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón  
hizo fin: ¿qué viene ahora?  
La morcilla, ¡oh gran señora,  
digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!  
¡Qué través y enjundia tiene!  
Paréceme, Inés, que viene  
para que demos en ella.

Pues, ¡sus!, encójase y entre  
que es algo estrecho el camino.  
No echas agua, Inés, al vino,  
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,  
porque con más gusto comas,  
Dios te guarde, que así tomas,  
como sabia mi consejo.

Mas di, ¿no adoras y aprecias  
la morcilla ilustre y rica?  
¡Cómo la traidora pica;  
tal debe tener de especias!

¡Qué llena está de piñones!  
Morcilla de cortesanos,  
y asada por esas manos  
hechas a cebar lechones.

El corazón me revienta  
de placer; no sé de ti.  
¿Cómo te va? Yo, por mí,  
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios:  
mas oye un punto sutil:  
¿no pusiste allí un candil?  
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles;  
ya sé lo que puede ser:  
con este negro beber  
se acrecientan los candiles.

Baltasar de Alcázar: *Cena jocosa*

Probemos lo del pichel,  
alto licor celestial;  
no es el aloquillo tal,  
no tiene que ver con el.

¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar! ¡Qué color!  
¡Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza  
la moradilla va entrando,  
y ambos vienen preguntando  
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,  
el de Pinto no le iguala;  
pues la aceituna no es mala  
bien puedes bogar su remo.

Haz, pues, Inés, lo que sueles,  
daca de la bota llena  
seis tragos; hecha es la cena,  
levántese los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado  
tan bien y con tanto gusto,  
parece que será justo  
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,  
que el portugués cayó enfermo...  
Las once dan, yo me duermo;  
quédese para mañana.